



ALAIN ROGER, *Breviario de la estupidez*, trad. de Gabriela Torregrosa, Ediciones del Subsuelo, Barcelona, 2019, 365 pp. ISBN: 978-84-947802-2-6.

¿Qué es la estupidez? Se ha escrito mucho sobre ella en los dos últimos siglos, pero no se había llevado a cabo todavía un estudio sistemático de la estupidez. La filosofía se ha debatido entre determinar qué es y apartarla de su ámbito de reflexión, frecuentemente, sustituyéndola por otros objetivos más asequibles como el error, la superstición o la ilusión. Y aunque no han faltado las publicaciones que toman la estupidez como objeto de estudio, sin embargo, no han aportado una respuesta definitiva a la cuestión. Frente a una abundancia de referencias literarias y de tentativas llevadas a cabo por escritores, contrasta una carencia en la filosofía que podría llevar a pensar que la estupidez es cosa de poetas. Pero la historia de la filosofía también está jalonada de sarcasmos que remiten a su estupidez; podemos proclamar a discreción e indistintamente la estupidez de todos sus *ismos*. Por su parte, la psicología tampoco es capaz de localizar la estupidez, que escapa a su metodología y tiende, irónicamente, a hacer estragos entre los valores más altos del CI (Coeficiente Intelectual). Y es que no es evidente en absoluto que la estupidez tenga que ser definida en función y con respecto de la inteligencia. Es posible que el problema de la estupidez sea un problema autónomo. Sería, pues, tentador acudir al psicoanálisis y apelar al inconsciente, pero no nos haría avanzar en la búsqueda de su definición. Y ocurre lo mismo con la teología, donde la estupidez sería como el reverso de lo divino, su lado oscuro y perverso.

Alain Roger propone un acercamiento al concepto de estupidez desde un punto de vista teórico: la definición de la estupidez podría relacionarse con la lógica. Nadie se había adentrado por esta vía que lleva no a denunciar la irracionalidad de la estupidez sino, por el contrario, a demostrar que se apoya en las leyes de la razón, que apela a ellas y se presenta en sus formas. La filosofía se ha sometido desde sus orígenes a la Verdad y a su correlato, a la lucha contra el error, olvidando a su verdadero adversario: la estupidez. “Hacer daño a la estupidez” es la finalidad de la Filosofía, nos recordará Nietzsche en *La ciencia jovial*. Pero cómo enfrentarse a ella si no sabemos quién es, de dónde saca su fuerza, cuáles son sus espacios preferidos. Parece claro que hay que remontarse a sus orígenes y hacer de la estupidez un problema trascendental. Plantear la pregunta “¿Cómo es posible la estupidez?” significa situarse decididamente dentro de la tradición kantiana y husserliana de una Lógica trascendental que, sin embargo y paradójicamente, pasa por alto la estupidez y solo se interesa por el saber. Pero una solución de este tipo parece excluida en este caso, ya que la estupidez es de categoría especial o acategoría. No sirve la solución kantiana. La filosofía en este sentido no perjudica la estupidez, sino que a veces da la impresión de que se recrea en una relación que, lejos de ser conflictiva, parece de afinidad fraternal. La vocación secreta de un “amor a la estupidez” parasita la función oficial de la filosofía. La filosofía, emparentada según Freud con la paranoia por su

vocación de sistema, establece un vínculo esencial entre la razón y su propio desatino.

La estupidez, afirmará Roger, es algo propio de los humanos, y también se comete un error si se adscribe a la irracionalidad, la animalidad o la anormalidad. La estupidez no es una carencia, ni una deficiencia; si peca es por exceso, por desmesura. En el ejercicio de la razón no sabría privarse de ella del mismo modo que la “Dialéctica trascendental” de Kant la razón no puede no concebir las tres ideas del Alma, del Mundo y de Dios. Excesos que expresan una necesidad de la razón, su exigencia de totalización por la cual se distingue del entendimiento, que podemos criticar en su pretensión teórica, pero que somos incapaces de erradicar porque son postulados para el uso práctico de la razón connaturales a la razón pura. Del mismo modo que la razón metafísica, la razón lógica no es capaz de evitar un uso excesivo de sus propios principios, y este exceso, lejos de ser una deficiencia, se inscribe por el contrario en la necesidad misma de dichos principios. Estupidez, imbecilidad, ingenuidad, no designan, por tanto, carencias en el uso de los tres principios de la lógica, sino, por el contrario, su extensión y dilatación totalitaria en el ámbito lingüístico. El principio del tercer excluido está lógicamente abocado a la ingenuidad; el principio de contradicción, a la imbecilidad; y el principio de identidad a la estupidez.

La estupidez, vinculada con el primero de los principios de la lógica, es una estupidez segura de sí misma porque se basa en la lógica identitaria (A es A) y “evidentemente” irrechazable, expresión y depósito de la estupidez popular. Al repetirse en la tautología se convierte en una ideología del dinero, en prueba irrefutable de la existencia de Dios, en racismo, en antisemitismo, en misoginia... Mi opinión es irrefutable porque la comparto. Estupidez y orgullo crecen bajo el mismo árbol. La estupidez se torna dura y resistente como el principio de identidad. Por eso el estúpido es tan igual a sí mismo en sus opiniones: “yo soy así”.

La estupidez podría pues definirse como el ascenso de un fondo. Pero la metáfora del fondo favorece la confusión. La solución para resolver la metáfora: hacer desaparecer el fondo y abrir el camino a una auténtica Lógica de la estupidez, una Crítica de la razón suficiente, única crítica que puede fundar una psicología y una sociología de la estupidez. La estupidez no es continua y constitucional, sino constitutiva en principio y ocasional en realidad. Me amenaza continuamente.

Si la filosofía fracasó en su misión de “hacer daño a la estupidez”, la segunda parte del libro, menos teórica y más taxonómica, trata de clasificar, articular y describir las principales figuras de la estupidez a lo largo de las épocas, los espíritus y las artes. Mediante un recorrido por la historia de la literatura Alain Roger nos muestra cómo los escritores han tratado el tema de la estupidez. Flaubert ocupa sin duda un lugar de privilegio con su *Diccionario de tópicos* y con *Bouvard y Pécuchet*. Pero también encontramos, entre muchos otros, a Molière, Cervantes, Valéry...

La literatura tuvo que esperar hasta el siglo XIX para dedicarse a esta tarea, pero la comedia teatral, desde hace siglos, e incluso milenios, ha hecho de la estupidez su tema máspreciado, su enemiga íntima, su blanco predilecto. Aunque la cuestión también se plantea en la tragedia, el lema de la comedia acuñado en el siglo XVII por Jean de Santeul *Castigat ridendo mores* (“se corrige las costumbres por medio de la risa”) le atribuye a la comedia una función ética y pedagógica. Al reírme de la estupidez me estoy burlando y al mismo tiempo purgándome de la mía propia. Mientras que la tragedia representaba la purificación ritual, la risa es la expulsión de lo ridículo, menos catártica que emética. La risa sustituye la reprobación.

El título de este ensayo, un breviario, “breve”, de la estupidez, hace gala de ascetismo dado que la estupidez es exceso. Es un libro para protegerse de la maligna estupidez y sus tentaciones y para no dejarnos caer en ella. El humor le permite al autor y a la propia filosofía hacer daño a su propia estupidez. El miedo a volverse

estúpido es la amenaza que atormenta constantemente y requiere una implacable vigilancia de uno mismo.

Ismael Romero Máñez